

—Pero, ¿lo querrás?

—Sí—dijo Estela con tan resuelta entonación que el coronel al frente de su regimiento no hubiera acertado á emplear acento más firme ni más imperativo.

—¡Ah!, ¡señora caprichosa!—respondió, después de un instante de silencio;—parece que cambiamos de parecer. Te advierto que es ya un poco tarde para ello y que Servian, de quien acabo de separarme, me ha parecido tan sentimental como una granada de 12.

—¿No soy hija de usted?—dijo ella;—¿creerá usted que me asusta una granada?

—Tratad de entenderos—continuó el coronel con expresión de complacencia;—sabes muy bien que no pido más que firmar el contrato.

—¡El contrato! ¡Qué prisa le ha entrado á usted! El contrato de paz es lo que hacía falta firmar ante todo y ni yo misma estoy decidida á hacerlo. ¡Si él cediera, veríamos; pero es tan orgulloso con sus apariencias modestas!

—Pues precisamente ahora entra en el jardín.

—¿Quién? ¿La granada de 12?—dijo Estela riendo.—Tengo mucho miedo y ganas de echar á correr.

—Eso, según creo, quiere decir que tienes muchas ganas de que me vaya.

La joven sonrió con ladina expresión y no contestó palabra.

—Vamos, vamos, comprendo—continuó el coronel, bajando la cabeza bondadosamente;—ya no sois niños y se os puede dejar solos. Voy á buscar á Tonayrion para llevarle al billar. Para que veas que soy buen padre.

El señor Herbelin se alejó al pronunciar estas palabras y un momento después Estela y Servian se encontraron por una de esas casualidades que no ocurren más que á los que las buscan.

X

Los rivales.

Después de separarse del señor Herbelin, Servian se sumió en profunda meditación.

—Estela ha recibido de mí un agravio—se dijo—y eso es el motivo que la impide casarse conmigo. ¿Qué agravio será ese?

Hasta entonces Servian no había atribuído la repulsa de sus pretensiones más que á la exage-

ración romántica de las aspiraciones conyugales de la señora Caussade. Al saber que su fracaso obedecía á un motivo particular, experimentó satisfacción indefinible. Interrogó sus recuerdos, sin llegar á descubrir el delito de que se veía acusado. Cansado de indagarlo y convencido de su inocencia, determinó pedir una aclaración á la única persona de quien podía esperarla, supuesto que el coronel se había resistido á explicarse.

Este paso le pareció en un principio conveniente, luego necesario y se dijo que su resultado, fuera el que fuese, en nada alteraría la razonada frialdad de sus actuales sentimientos. Recordando entonces que había anunciado su marcha para el siguiente día, reconoció que no tenía tiempo que perder y bajó al jardín, en el que un rato antes había divisado á la señora Caussade.

Para dar á su exnovio el tiempo necesario para acercarse sin comprometer por ello su dignidad de mujer, Estela se detuvo ante un macizo de dalias, cuyas variedades se dedicó á observar con atención que hubiera honrado á un buen aficionado á la horticultura. Servian, á quien afectaba volver la espalda, se encontró cerca de ella, sin que se volviera al percibir sus pisadas.

—¡Ahl, ¿es usted?—dijo, fingiendo cierta sorpresa.—¿Busca usted á mi padre? Estaba aquí ahora mismo.

—Hace poco rato que lo he dejado—respondió Servian;—no es á él á quien busco, sino á usted.

—¿A mí? Me sorprende usted ciertamente—replicó la joven.—¿Qué me quiere usted?

—Recibir sus órdenes para París.

—¿Se marcha usted?

—Mañana, señora.

—¿Y cuándo vuelve usted?

—El día de su boda con el señor Tonayrion, si es que se digna usted invitarme á ella.

Estela apoyó el codo derecho sobre la mano izquierda y pellizó el hoyuelo de su barbilla con dos dedos delicados y regordetes. En esta actitud llena de coquetería y con la cabeza inclinada hacia adelante, fijó sobre su enamorado una de esas miradas que llegan hasta el fondo del corazón y contra las cuales no hay defensa posible.

—¿Y con esa frialdad habla usted de mi boda?

—le dijo, á modo de reconvención.

—¿Querría usted, quizás, oirme hablar de ella con dolor, como tuve la debilidad de hacerlo el otro día?

—Quizás—replicó con una sonrisa, hermana gemela de su mirada.

—Permitame usted que le rehusé esa diversión; no dudo que la pena de un corazón que fué todo de usted, pudiera parecerle agradable compañía para su felicidad; pero para hacer el papel de amante desgraciado me falta hoy una cosa esencial...

—¿El amor?

—Quizás, diré á mi vez.

—¿No está usted muy seguro?—dijo ella sonriendo.

—No lo estoy cuando usted me mira de ese modo; pero lejos de usted, y bien pronto lo estaré mucho, el sortilegio se desvanece y deja lugar á la razón.

—¿Y qué le dice á usted de mí esa hermosa razón?—preguntó la señora Caussade con provocativa travesura;—es ese un espejo en el que nosotras las mujeres no acostumbramos á mirarnos. No me adule; al contemplarme usted en él, ¿me ve muy fea, muy hermosa, muy abominable?

Al hablar de esta suerte, pareció Estela tan encantadora á Servian, que, en lugar de contestar, se entregó al placer de mirarla.

—Pero, ¡hable usted, hombre!—continuó;—su silencio podría hacerme creer que no se atreve á decirme lo que piensa de mi persona.

—No me atrevo, en efecto—dijo él, sonriendo con melancolía.

—Pues bien; entonces soy yo la que va á hacer mi retrato. Soy una mujer atolondrada, caprichosa, extravagante, malvada, cruel y bárbara; y soy todo esto porque el otro día y por haber tenido miedo al lobo, no supe sujetar bien mi pañuelo.

—Pecado confesado, está medio perdonado—dijo Servian con fría entonación.

—No me basta un medio perdón—repuso Estela con irresistible acento de dolor;—quiero su perdón entero, el de usted, ¿lo oye?; la opinión de los demás me importa poco. ¡Sí, he obrado mal; me he conducido como una niña, como una local. Hubiera merecido que se me arrojara á la trampa detrás del pañuelo. Pero para reconocer mi falta no necesitaba que me la hiciera usted sentir tan duramente. La herida de Félix y el peligro á que usted se expuso, ¿no eran suficiente castigo para mí? Porque no siempre he tenido buena cabeza, ¿se ha deducir que tengo mal co-

razón? ¡Qué severo ha sido usted para conmigo! Me ha dirigido usted palabras tan mordaces, tan amargas, que más de una vez me ha costado trabajo contener las lágrimas.

—¿De modo que llora usted algunas veces?— dijo Servian, quien, para cerrar su corazón á la indulgencia, trató de acorazarlo de ironía.

—Pero, ¿qué idea tiene usted formada de mí?— continuó la señora Caussade con impaciencia.
—Porque soy alegre, ó, si usted lo prefiere, atolondrada; porque, disfrutando de salud completa, no hablo nunca de jaquecas, de gastritis ni de ataques nerviosos; porque no me paso los días tendida en un diván haciendo los mohines usuales en mujeres que quieren hacerse las interesantes; porque me agrada el ejercicio, el aire libre, el movimiento, cosas todas necesarias á mi salud; porque, si tuviera que vivir como bajo un fanal, me moriría; porque, finalmente, monto á caballo alguna vez, y este es, según creo, mi gran crimen á sus ojos, ¿se figura usted que soy un húsar con enaguas? ¿Sabe usted que es usted muy atrevido y que á mi vez tendría yo derecho á enfadarme? Sepa usted, caballero, que no tengo ninguno de los defectos que se dedica usted á po-

ner en ridículo desde hace dos días. Ha creído usted ser muy malo y no ha sido más que injusto. Ni una sola de sus bromas puede referirse á mí. Ni fumo, ni tiro á las armas, ni he apostado nunca en las carreras; en una palabra, no soy un marimacho: soy una mujer, ¿oye usted?, una mujer en toda la extensión de la palabra.

—Es usted un ángel, cuando quiere— dijo Servian con expresión burlona, que dejaba adivinar la ternura;—¿y por qué no quiere usted siempre?

—Eso, á la larga, resultaría aburrido— dijo Estela riendo;—las mismas virtudes necesitan variedad y, por lo demás, conozco demasiado la flaqueza de mis méritos para aspirar á la perfección. Pero, me parece que hemos andado mucho camino sin enterarnos de ello. ¿De qué hablábamos? ¿De su marcha? ¿De modo que está usted resuelto á dejarnos mañana?

La mirada que acompañó á estas palabras acabó de vencer á Servian.

—Dígame usted la verdad— dijo con voz conmovida;—¿es posible que se case usted con el señor Tonayrion?

—Con él ó con otro, ¿qué más le da á usted?

—Otro quizás fuera digno de usted; pero ¡cómo!; estando dotada de tan viva penetración, ¿no ha adivinado usted aún la deplorable indigencia que se oculta detrás de esas exterioridades fastuosas?

—Palabras de rival. Confiese usted que siente celos del señor Tonayrion y, á mi vez, contestaré francamente á su pregunta.

Hasta entonces, en lugar de provocar la aclaración que deseaba obtener, Servian se había dejado llevar por el curso de la conversación; las últimas palabras de Estela volvieron á encarrilarle.

—No puede haber rivalidad sino donde existen esperanzas; ¿y cómo podría yo abrigoarlas todavía?—dijo con acento resignado;—¿acaso no he cometido una falta que me ha perdido para siempre ante sus ojos?

—¡Ah! Mi padre ha hecho una de las suyas—dijo vivamente la joven;—me las ha de pagar. Vamos, ¿qué le ha dicho á usted?

—Un enigma cuya solución he venido á buscar aquí. Todo lo que he sabido es que soy culpable; pero, ¿en qué?; pero, ¿cómo? Lo ignoro. Sin embargo, en ningún país civilizado se condena

á un acusado sin dejarle medios de defensa: permítame usted que invoque este principio de justicia. ¿De qué me reconviene usted, señora? ¿Cuál es mi crimen? ¿Qué le he hecho?

Desde hacía dos días la señora Caussade ansiaba esta explicación tanto, por lo menos, como el mismo Servian; pero al verse interpelada de improviso de modo tan explícito, experimentó una sensación de cortedad que la hizo enmudecer.

—Tiene usted razón—dijo al fin, recobrando su serenidad;—no hay nada como la franqueza. Además, llevamos ya mucho tiempo ocupándonos de mis defectos; á usted toca ahora ocupar el banquillo. Sepa usted...

En aquel momento Estela divisó á corta distancia á Raul Tonayrion que se dirigía hacia ellos.

—¡Qué fastidio!—dijo, interrumpiendo la frase comenzada;—¿no se le había llevado mi padre al billar?

—Por favor—exclamó Servian,—una palabra más. Tiene usted tiempo para decirla antes de que llegue aquí.

—Una palabra no bastaría; pero volveremos á hablar de esto.

—Pronto, ¿verdad?; ¿hoy?

—Es ya muy tarde; es preciso regresar y en el salón nos será imposible hacerlo.

—Entonces, ¿mañana? Se lo suplico, ¿mañana?

—¿No sabe usted que todas las mañanas voy á pasear por el bosque, cerca de la *Fosa del Cosaco*?

El importuno se hallaba ya á dos pasos de distancia y Servian sólo pudo contestar con una mirada.

Lo que conducía á Tonayrion al jardín era la casualidad y no ninguna celosa suspicacia. Los celos implican siempre cierta desconfianza de sí mismo, que jamás llegó á conocer el guapo Raul. Harto poseído de sus méritos para dignarse conceder la menor atención á Servian, le había dejado el campo libre desde hacía cuarenta y ocho horas, observando respecto de Estela la actitud digna y seria de un hombre injustamente postergado. Por lo demás, teniendo la imaginación fija incesantemente en el misterioso proyecto cuya realización esperaba, ¿cómo hubiera podido adivinar el pensamiento de un rival hasta entonces ignorado?

En aquel momento, sin embargo, la venda

con que una vanidad excesiva le había cubierto los ojos se desgarró súbitamente. El rubor de Estela y el visible descontento de Servian le dieron á conocer que su presencia no era esperada ni, menos, deseada.

Comprendió que estaba allí de sobra, descubrimiento siempre mortificante para un indiferente y singularmente cruel para un interesado. Un enamorado tímido hubiera perdido su aplomo ó se hubiera retirado; pero no era hombre Tonayrion para declararse vencido por tan poco. Lejos de parecer turbado, aumentó su engallamiento habitual y, lanzando á su rival una altanera mirada, ofreció el brazo á la señora Caussade, como hombre cuyos derechos á semejante familiaridad estaban por encima de toda discusión.

—El ambiente está frío—le dijo—y el coronel teme que se constipe usted. ¿Quiere usted volver á casa?

En cualquiera otra circunstancia, Estela hubiera acogido pésimamente semejante intervención; pero el despecho que vió relampaguear en los ojos del guapo Raul le inspiró desacostumbrada prudencia. Para evitar una de esas discusiones que entre rivales adquieren tan fácilmente una

gravedad á menudo irremediable, aceptó el brazo que se le ofrecía y, mirando á Servian de modo que le indemnizara espléndidamente, le dijo:

—Realmente hace frío y mi padre tiene razón al querer que me retire. ¿Tiene usted la bondad de buscar un libro que me he dejado en el banco verde? Va á llover esta noche y sentiría que se mojase.

Si el mal humor y hasta la rebelión parecen á veces lícitos á un amante desahuciado, la sumisión pasiva, en cambio, es deber elemental para todo enamorado favorecido. Con arreglo al giro que había tomado su conversación con Estela, Servian no podía desobedecer, so pena de incurrir en delito de lesa ingratitud; ejecutó, pues, con docilidad ejemplar la orden que había recibido y se encaminó al fondo del jardín, sin que la entrevista de que iba á aprovecharse su rival pareciera ocasionarle la menor inquietud.

Mientras se alejaba, la señora Caussade y Raul siguieron el camino que conducía á la casa y anduvieron algún tiempo silenciosamente, á disgusto ambos y ambos irresolutos en manifestar su descontento.

Al fin, Tonayrion dejó escapar una sorda risotada.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Estela con sequedad.

—Reflexiono—contestó el interpelado sombriamente.

—¿Por lo visto reflexiona usted alguna vez?—dijo Estela con sorna.

—Verdad es que prefiero obrar.

—Excepto cuando hay lobos de por medio.

Tonayrion se permitió encogerse de hombros.

—Convengo en ello—dijo;—el otro día carecí de entendimiento; pero, ¿cómo comprender que deseaba usted verme luchar con aquel animal insignificante? En otra ocasión, cuando crea usted oportuno ponerme á prueba, indíqueme, se lo ruego, un adversario serio; no siento afición alguna á realizar proezas de colegial.

—Eso se concibe: un hombre acostumbrado á vencer leones no puede rebajarse hasta el extremo de matar á un lobo.

El guapo Raul se retorció marcialmente los bigotes.

—Señora—dijo,—es usted una mujer y todo le está permitido; diviértase á mi costa, si eso la

agrada. Escucharé descubierto sus bromas. Sin embargo, permítame usted que le dirija una sola observación.

—Hable usted—dijo Estela.

—Si tuviera en menos su estimación, podría yo, no dejar de merecerla, sino resignarme con su pérdida; los sentimientos que á usted he dedicado no se compadecen con esa resignación. La flecha que, lanzada por cualquiera otro, pasaría sin tocarme, me hiere profundamente cuando procede de su mano. No es prudente, sépalo usted, irritar, ni aun en broma, un corazón apasionado como el mío. Nunca oculté á usted mis defectos; para uno de ellos, sobre todo, solicito su consideración.

—¿Qué defecto es ese?

—Un sentimiento de pundonor llevado quizás hasta la exageración, que no me permitió jamás aceptar una posición falsa, ambigua ó ridícula. Admiro la moral evangélica; pero no poseo la suficiente virtud para practicarla. Cuando se me abofetea una mejilla, me es imposible ofrecer la otra.

—¿Adónde quiere usted llegar?—dijo la señora Caussade;—¿á un desafío?

—Quizás.

—¿Quiere usted batirse conmigo?

—Estoy harto seguro de que sería vencido.

—¿Con quién, entonces?

—No tendría que ir muy lejos.

—¿Con mi padre?

—Lo respeto como si fuera el mío.

—A nadie sino á él podría usted, sin embargo, hacer responsable de los agravios de que resulto culpable respecto de usted, toda vez que no tengo ni hermano, ni marido.

—Sabe usted perfectamente á quién me refero.

—¿Sería acaso al señor Servian?

—A él mismo.

—¿De veras?—dijo Estela, fingiendo risa.—¿Qué le ha hecho á usted?

—¿Que qué me ha hecho, señora? ¿Me cree usted ciego? Ese hombre ama á usted ó, por lo menos, trata de agradarla; ¿y me pregunta usted lo que me ha hecho? Más le valdría haberme arrebatado mi fortuna, pues eso podría perdonárselo; pero disputarme el corazón de usted es atentar contra mi vida. ¡Fatal inspiración la que le trajo aquí! ¡Oh, sí, muy fatal!

Levantó la diestra en alto y la cerró convulsivamente, como si hubiera empuñado el pomo de una espada. El ademán fué ejecutado con tan amenazadora expresión, que, á pesar de sus aficiones á todo lo heroico, la señora Caussade experimentó algún sobresalto. Con maravillosa presteza de imaginación, se figuró ver á sus dos adoradores en el campo del honor; y al observar el sanguinario continente del señor Tonayrion, no pudo menos de sentir temores por Servian.

—Permítame usted que le dirija una pregunta—continuó el guapo Raul con voz cavernosa:—¿ese caballero va á permanecer aquí mucho tiempo?

—Algunos días solamente; hasta es posible que se marche mañana.

—¿Y cree usted que volverá?

A pesar de su emoción, creyó la señora Caussade que sería humillante someterse á semejante interrogatorio.

—Que vuelva ó no, ¿á usted que le va en ello?

—¿Por lo visto se niega usted á contestarme?

—No reconozco en usted derecho para hacerme esas preguntas.

—Escúcheme usted, señora, porque ello es

grave—exclamó Tonayrion patéticamente;—desde hace varios meses, en que he tenido el honor de verla á menudo, nunca me ha permitido usted que describiera en toda su violencia los sentimientos que me dominan. Pero, en el momento actual, no me es posible contenerme por más tiempo; y es porque amo á usted con tal pasión, que si me viera precisado á renunciar á toda esperanza de ser correspondido, hoy mismo diera fin de mi existencia. ¡Juzgue usted, pues, si me es dable pensar con sangre fría en ese hombre, que temerariamente se jacta, quizás, de obtener su amor! ¡Entre él y yo no cabe ya otra cosa que un combate á muerte! ¡Lo repito, señora; fatal es el destino que le ha conducido aquí, porque le mataré ó me matará él á mí!

—Pierde usted la cabeza—repuso Estela, más asustada cada vez ante tan mortífero lenguaje.—El señor Servian es amigo de mi familia y me conoce desde hace mucho tiempo; eso es todo. Le atribuye usted intenciones que no tuvo jamás. Vamos, deje usted esa entonación trágica y prométame ser tan razonable como cuando el otro día le impedí batirse con el señor Cambier.

—¿Se puede ser razonable cuando se ama? El

solo recuerdo de ese hombre me exaspera. Si permanecemos algún tiempo el uno frente al otro, lo conozco, me será imposible refrenarme; y entonces... ¿No me ha dicho usted que pensaba marcharse?

—Muy pronto.

—¡Que se marche, pues, ó desgraciado uno de los dos!

Al tratar de asustar á la joven, Tonayrion no perseguía otro fin que el de conseguir el alejamiento de su rival. Tal sistema de intimidación, que resulta práctico cuando se ejerce sobre espíritus impresionables, se vió coronado por un éxito completo.

Estela, al llegar á la casa, se apresuró á separarse de su terrible adorador y subió rápidamente á las habitaciones de su padre, á quien, como lo esperaba, encontró en compañía de su soberbia pipa de espuma de mar.

—¿Así es como juega usted al billar?—le dijo.

—No me riñas—respondió el señor Herbelin apagando la pipa;—he buscado al señor Tonayrion por todas partes sin lograr dar con él. ¡Vamos á ver! ¿En qué hemos quedado? ¿Persiste Servian en irse mañana?

—Que quiera ó no, es necesario que se marche.

—¿Y por qué razón?

—Porque, si se queda, el señor Tonayrion le desafiará indefectiblemente.

—¿Desafiarle? ¿Y á santo de qué?

—¿A santo de qué?—repitió la señora Caussa-de con impaciencia.

—¡Ah, es verdad!; no recordaba yo aquella fábula, según la cual vivían en paz dos gallos hasta que se presentó una gallina...

—No lo tome usted á risa. Si yo fuera causa de la muerte de un hombre, me moriría de pena. A toda costa hay que evitar el lance, que puede ocasionarse con el motivo más insignificante. El señor Tonayrion es tan exaltado y tan violento, que creo imposible llamarle á la razón; pero Servian es hombre tranquilo, reflexivo, prudente; usted ejerce sobre él gran influencia y no es dudoso que, si usted le habla, accederá á...

—¿A marcharse, verdad? El recurso es honroso. ¡Despedir á uno de mis mejores amigos porque no tiene la suerte de agradar á Tonayrion! ¡Preferiría echarme á mí mismo de casa!

—Pero, ¿y si se batan?

—¿Y qué? Se batirán. Bien mereces que se

crucen por tí dos aceros; en el curso de mi vida he recibido dos estocadas por dos princesas que no hubieran sido dignas de limpiarte el polvo de los zapatos; además, puesto que sostienes que Servian es cobarde, esta es buena ocasión para saber á qué atenernos.

—Habla usted en broma, ¿verdad?

—¿Y por qué no había de hacerlo así, cuando tú, tan intrépida habitualmente, estás tan asustada? ¿Por cuál de los dos abrigas temores?

—Por los dos.

—¿Lo mismo por uno que por otro?

—¡Qué pesado está usted hoy!—dijo Estela sonriendo, á pesar de su preocupación.

—Eso no es contestar—repuso el coronel con expresión de afable ironía;—si intervengo en este grave asunto es con la condición de que me hagas una confianza completa.

—Mañana—contestó la joven viuda, recordando la conferencia decisiva que había de celebrar con Servian.

—¡Enhorabuena!—dijo el señor Herbelin, resregándose las manos.

La señora Caussade estaba en pie ante una ventana cerca de la cual se encontraba sentado

su padre; de vez en cuando miraba al exterior y contemplaba con ansiedad involuntaria al guapo Raul que se paseaba en actitud majestuosamente amenazadora. De improviso, Servian apareció por la entrada de la alameda de castaños que terminaba cerca del edificio, y al divisarle Tonayrion acortó el paso con la probable intención de interpelarle. El encuentro de ambos rivales era inevitable y, al pensar en sus posibles consecuencias, Estela sintió reavivarse sus alarmas.

—¡Ahí están!—dijo, volviéndose con viveza hacia su padre, como para reclamar de él el auxilio prometido.

Levantóse el coronel y á través de la persiana observó á los dos hombres, que no distaban entre sí más que algunos pasos.

—Por la manera de saludarse—dijo con el aplomo de un perito en cuestiones batallonas,—conoceré si realmente hay gato encerrado.

En aquel mismo momento, los rivales se dirigieron la palabra mutuamente con tanta tranquilidad, que el hombre más perspicaz de la tierra no hubiera descubierto en sus ademanes indicio susceptible de ser trágicamente interpretado.

—Ya estás viendo que ninguno de los dos piensa en nada malo—dijo el coronel á su hija, quien, al comprobar la tranquila actitud de sus dos adoradores, acabó por tranquilizarse.

Al furibundo transporte á que se entregó Tonayrion habían seguido reflexiones de más pacífica naturaleza, inspiradas sobre todo (conviene decirlo), por el recuerdo del modo expeditivo y desembarazado con que Servian estranguló días antes á un lobo de poco benigno aspecto.

El soberbio joven pensó en que el sistema de intimidación, con tanto éxito empleado con Estela, pudiera muy bien ser ineficaz con tan rudo luchador; y así, en vez de ponerlo en práctica, como lo pensara en un principio, para decidir á su rival á retirarse, recurrió á un medio más ingenioso y menos arriesgado.

—Celebro poder hablar con usted un momento—dijo á Servian, con expresión de tanto interés, que á éste le pareció muy extraña.—¿Tiene usted noticias del señor Cambier?

—Me escribió al marcharse—repuso el tío de Félix.

—¿Y después?

—No.

—Pero, al menos, ¿sabe usted donde se encuentra?

—En París, supongo.

—¿No está usted inquieto?

—¡Inquieto!—repitió Servian;—¿de qué?

—En un abismo como París, mil asechanzas amenazan constantemente á un joven. Su sobrino tiene mucho de atrevido y me atrevería á decir que de irreflexivo; ¿no es de temer que, alejado de la vigilancia de usted, abuse de su libertad y cometa una de esas locuras que, á pesar de la atenuante de la edad, dan á veces resultados gravísimos?

—De temer es eso, en efecto; pero, ¿qué le hemos de hacer? Un futuro coracero no puede vivir recluso como una religiosa. Ninguno de nosotros en la primera juventud ha dejado de cometer alguna locura de esas de que usted habla; y, después de todo, las mejores lecciones son las que da la experiencia. Se corrige uno á sí mismo mucho más de lo que se deja corregir por el prójimo.

Tonayrion guardó silencio un momento.

—Su sobrino de usted es aficionado al juego; ¿lo ha observado usted?

—No—repuso Servian.—Ha aprendido á jugar al whist para poder acompañar al coronel; antes de esto, que yo sepa, no había tocado una carta.

—Antes del viaje de usted á Italia, es posible; pero tengo pruebas de que ha jugado durante su ausencia.

—¿Y cree usted que ha ido á París expresamente para eso? Por fortuna las casas de juego están cerradas; pero, aunque no lo estuvieran, á un niño como Félix no le permitirían entrar en ellas.

—Los garitos públicos es cierto que están cerrados; pero, ¿no existen más de veinte casas clandestinas, más peligrosas aún, puesto que se sustraen á la vigilancia de la policía, y en las que no paran mientes en la edad de los menores?

Servian miró fijamente á su rival.

—Usted tiene, sin duda, motivos para hablarme de esa manera—le dijo con seriedad.—Ruego á usted que se explique más claramente.

—No quisiera alarmar á usted sin motivo—respondió Raul con fingida vacilación;—pero, puesto que lo exige usted, voy á decirle todo lo que sé. Esta mañana he recibido carta de un ami-

go en la que me refiere una escena trágica de que había sido testigo en uno de esos garitos á que acabo de aludir. Después de haber perdido una cantidad de cierta consideración, un joven se disparó un tiro en la cabeza; y sus señas, que mi amigo me transmite, parecen asemejarse tan exactamente á las del señor Cambier, que, á pesar mío...

—Enséñeme usted esa carta—dijo Servian, presa de súbita emoción.

—La he roto, porque no conservo ninguna de las cartas que recibo; además, no añadiría nada á lo que le he referido.

Servian amaba paternalmente á su sobrino; pero estaba dotado de harta serenidad é inteligencia para alarmarse fácilmente. En vez de enviar á buscar caballos de posta y de salir precipitadamente en dirección á París, conforme lo esperaba el guapo Raul, recapacitó brevemente y bien pronto se tranquilizó del todo.

—El suicida no puede ser Félix—dijo;—en primer lugar, para perder mucho dinero es necesario tenerlo, y yo soy quien administra su fortuna. Con lo que ha debido sobrarle de su pensión al finalizar cada mes le sería difícil hacer

lócuras; en segundo y último lugar, Félix es rico y, aunque se hubiera dejado en la ruleta cien mil francos, no sería esa razón bastante para que se suicidase. Ningún jugador se mata mientras lleva una peseta en el bolsillo.

—¡Ah! ¡No quieres marcharte!— se dijo Tonayrion, irritado ante la lógica y la sangre fría de su rival;— te proporciono un medio honroso de retirarte y te obstinas en no aceptarlo. ¡Está bien; haz lo que gustes! ¡Mañana triunfaré en tus propias barbas y la cosa tendrá más gracia todavía!

XI

Los ladrones.

Al día siguiente por la mañana, la señora Caussade, fiel á su promesa, se dirigió con paso ágil y con el corazón conmovido al sitio designado para la cita. Obedeciendo á un sentimiento de vaga inquietud, que toda mujer experimenta en análogas circunstancias y sea la que quiera su inocencia, miró en pos de sí algunas veces al cruzar el parque.

En el momento en que salía de él por una

puertecilla situada sobre el foso y no lejos de la tumba del cosaco, miró hacia atrás por última vez y creyó reconocer á Raul Tonayrion en un hombre que desapareció en el acto por entre la arboleda.

Vivamente ofendida por aquella especie de espionaje, estuvo á punto de volver sobre sus pasos para dar una lección de urbanidad al indiscreto que se permitía seguirla de tal suerte; pero reflexionó que, en tanto realizaba su propósito, podría Servian esperarla y creer que faltaba á su promesa. Esta consideración hizo enmudecer á su resentimiento; trató de convencerse de que se había engañado y de que el hombre que había entrevisto era uno de los criados de la casa. Tranquilizada á medias, cruzó rápidamente el foso y bien pronto se encontró en una glorieta tapizada de mullido césped y formada por algunos árboles centenarios, lugar agreste y solitario que habitualmente escogía para sus paseos.

Cerca de un cuarto de hora llevaba la señora Caussade andando por la glorieta, á la que dió la vuelta por dos veces, sin dejar por eso de lanzar á los senderos que allí desembocaban miradas en las que empezaba á traslucirse la impaciencia,